

rás tú porque estoy que trino de corage. Es, como tú dices, la única que se me ha resistido más tiempo del necesario.

Y tenía razón el noble petrimetre.

Hacia un més que acechaba, perseguía y escribía cartas amorosas á una tal Enriqueta, célebre artista de teatro muy bella y muy despejada por cierto, y no solo no pudo conseguir su objeto, pero ni merecer contestación siquiera.

¿Quare causa?

Jamás habia encontrado mujer tan arisca é insensible. Por lo regular todas sus conquistas se habian consolidado á las primeras de cambio es decir, á las primeras tentativas de ataque. ¡Y pensar que con la tal Enriqueta habia tenido necesidad de escribirla diez billetes amatorios. . . . y todo en vano.

Vamos, que lo que le acontecia era impensable, insoportable. ¡Ser despreciado el que se tenía por un Adonis, por un Narciso, por un Tenorio, á quien muger ninguna le habia hecho dengues ni repulgos!

Por eso se despertó aquel día de tan mal talante y por eso fué que vestido y acicalado que estuvo púsose al pupitre y redactó la es-
quela siguiente:

«Enriqueta: Es imposible que V. no me ame, como es imposible que yo no la corresponda. Si á vuelta de respuesta no me da V. una que me satisfaga y llene de esperanza, caerá sobre su conciencia la desesperación de su mas tierno adorador.

ARTURO.

Marqués de Empeñaplata

No puede darse lenguaje mas petulante y fá-
tuo pero el marquesito era así, y con esto queda dicho todo.

Mandó con su ayuda de cámara el billete á su destino y aguardó tan satisfecho el resultado.

¡Cual no sería su gozo al recibir la contestación, siguiente!

«Arturo: ¡Es V. fascinador, irresistible. Esta noche le espero á la salida del teatro.

ENRIQUETA.»

¿Como se habia operado un cambio tan inesperado y repentino? se conmovió al fin la ingrata con la lectura de un billete tan decisivo y terminante?

No; porque no llegó á su poder siquiera.

En su lugar recibió 100 duros en papel junto con una tarjeta del marquesito.

Hay que advertir que este entregó á su criado, al propio tiempo que el billete para Enriqueta, uno de banco de 500 pesetas para saldo de una deuda.

Y que el bueno del fámulo, sea por equivocación ó intencionalmente, habia trocado los papeles. . . . y las direcciones.

El sastre, cuya era la cuenta, recibió el billete amoroso y Enriqueta el de banco.

Por eso produjo aquel efecto.

Pero el tiquis-miquis del marquesito lo atribuyó unicamente á su linda cara, y acudió tan orondo y ufano á la cita.

.

No hay que decir lo que pasó en ella!

¿Qué diga! lo que le pasó al noble fá-
tuo cuando descubrió que no se debia á él la conquista.

No se convenció de ello hasta que el sastre le presentó nuevamente la factura ¡envuelta en el billete amoroso!...

CARLOS C. CATALÁ.

Lugar ameno

Los prados rebosan aroma sin cuento,
Cubierto de flores está mi jardín,
El dulce murmullo del líquido sientto
Que bulle en las peñas y corre sin fin.